

Universidad Eisenhower

daniel bernardo grimberg



Image not found.

Capítulo 1

Universidad Eisenhower (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Cantero se había juntado en el bar con la mujer, que pidió café con leche con un pan caliente con manteca.

En su caso concreto cultivaba un aire real de persona sin retorcidas ambiciones... no hizo ninguna suposición que sirviera para trasgredir la normalidad.

Le era posible decir una cosa u otra, pero juró mascullar solamente verdades, aunque con su gruesa voz golpeaba los oídos de su interlocutora.

Y recién después que ella hizo un silencio mortecino se largó a hablar de temas que iban de los hongos de los bosques a la abundancia de codornices, proyectando una gran variedad de grados y tonalidades en su conversación.

Recordó la lectura de un volumen que fue capaz de enseñarle algo.

Ese sugestivo ejemplar había creado una etapa diferente en su vida.

Su virtud no era la castidad... pero también tenía la intención de darle a conocer las más importantes inferencias de la cátedra que presidía.

Ella tenía que esmerarse más... hacer algunas actividades que no la menospreciarían, y él le daría las categorías fundamentales para ganar esas insanas discusiones que eran los exámenes.

Le compondría una sabia recopilación de las más habituales preguntas.

Sol Setes era una estudiante joven de carnes esplendidas, a quien ese tipo creaba bastante perplejidad con sus andanadas verbales.

Había asentido sentarse con él en ese bar como si fuera si fueran amigos... por la invocación que le hizo de querer ayudarla y teniendo en cuenta la singularidad de su personalidad.

Le propuso salvaguardias y a la vez revitalizar sus acervos académicos.

La curiosidad y el interés se habían mezclado en Sol que con pasividad o indiferencia había aceptado su vaporosa invitación.

Al principio la encauzó con una introducción de los tópicos de su curso, pero poco a poco la charla se fue transformando en otra cosa.

Cantero dio cuentas de alguna atenuada exaltación:

Por las grandes vivencias emocionales que sentía cuando ella pasaba cerca.

En sus oscuras pupilas se notaban la excitación que los movimientos de la joven estudiante le solían causar.

Pasaba por periodos de contradicción... pero las cosas serían claras hasta el hartazgo.

Rompió el celofán de un paquete de cigarrillos, sacó uno, lo prendió, y antes de pitarlo la miró urgentemente con ojos tristes.

Había perdido la exactitud, y dijo una y otra vez que había que encender la marcha.

Su corazón se detendría si no viviera plenamente, si no tuviera placer.

Tenían que desarrollar alternativas más personales:

Una alianza que estimularía en ella una gran ambición.

Cantero hablo de amaneceres como si fuera un impertérito soñador.

También elogió los espumosos cabellos castaños claros de la joven, y a sus ojos que tenían un color miel.

Si Sol Setes tenía interés en aprobar la materia, tenía que acordar con Cantero algo muy vívido que les proporcionaría un equilibrio indispensable.

Algo que por ser puro e inocente no tendrían por qué disfrazarlo más.

El profesor creyó que las dulces expresiones aunadas en sus palabras habían adquirido un tono persuasivo.

Le apretó la mano para que comprobara la noble fuerza de su lujuria.

Será de una dilatada excelencia el alcance de lo que harían.

Él resguardaría al conjunto de sus intereses.

Y siendo una de las personas de más alto rango dentro de la universidad, no tendría problemas en ayudarla a superar con éxito los imposibles exámenes que causaban tantas desviaciones emocionales.

El profesor Julio Cantero lo que quería del tiempo (de sus tesituras) era profundizar las aclamaciones de sus sentidos.

Permitirse que colosales sensaciones se extendieran junto al cuerpo desnudo de una hermosa mujer.

Y que, por un considerable período, entre ellos no hubiera claroscuros.

Apelaba a un instintivo romanticismo y a la retención de los innatos valores de la vida.

Tenía mucha avidez de acercarse a lo más prohibido y sagrado.

Con una convicción absoluta le dijo que eso era lo único que le pedía.

Sol tenía que dedicarle una ancha sonrisa y sólo decir: "puede ser" ...

Superarían juntos la preocupación por aprobar la materia, y se dedicarían al gozo aprovechando que se llevaban tan bien.

(Al decir esto, el hombre sacó la lengua de su boca).

Si suprimían las represiones de sus conciencias, las ramificaciones que se sucederían serían maravillosas.

Un estupor sin rumbo comenzó a correr por los rasgos de Sol, mientras Cantero le aseguraba que ella, como mujer, le daba ganas de vivir y salirse de los aburridos protocolos.

Su nombre ya estaba inscripto en su corazón, y él se complacía en leerlo una y otra vez.

Para que fuera viable esa instauración, tenían que ir juntos hasta la protección de una habitación cerrada... un lugar jalonado con numerosas discreciones.

Al estar tan locamente enamorado se había puesto en la obligación de hacer que las cosas ocurrieran.

A menudo Cantero iba a tomar café con bellas estudiantes que deseaban aprobar su exigente materia, a las que de ninguna manera les hubiera gustado que se enfriaran sus estudios, sino que guardaban la intención de ser promovidas con éxito.

Para él eran situaciones convencionales y prácticas el hecho de construir un fuerte grado de intimidad.

Y les refería, habitualmente, lo crítico que podía tornarse si no observaban una complacencia más o menos entusiasta.

Porque a veces la existencia se podía contaminar por las desavenencias que no se encontrarían en un luminoso horizonte.

Pero no se caería en semejantes miserias... cuando se había dado entre él y Sol una onda tan linda.

(Le surgió un avariento brillo en sus ojos).

Juntos pasarían los exámenes con besos secretos, elogios mutuos y varias expresiones de cariño.

Y esa tangible felicidad no se propagaría a los cuatro vientos.

A las que accedían a mantener con él una honda amistad, les corregía sus exámenes con mucha indulgencia.

Pero a las otras, su obligación consistía en marcar sus viciosas escrituras con un aplazo.

No era una cuestión de honor sino de ecuanimidad.

El dedicarse a la enseñanza no era fácil por lo que tenía que ser mimado en todo momento... y se volvía muy tenaz y vengativo cuando corregía las trabadas frases de las que lo habían defraudado.

(De lo contrario circularían negros rumores de que él no se encarnizaba por brindar una eximia educación).

Otra era la cuestión si le daban carta blanca a la alegría.

Luego el agua correría sin que quedaran molestas evidencias de nada.

Era algo un poquito paradójico, pero tenía un enorme fundamento ético.

Él era un hombre angelical que se podía poner rabioso de a ratos.

Y no admitía poseer un pequeño narcisismo, sino ser un buen tipo preocupado en que sus alumnas incorporen en su mente los ítems de su materia.

En esa tarde, sentado frente a Sol Setes, Cantero dialogaba sonriente como si le estuviera quitando intranquilas dudas de la materia que enseñaba con mucho ardor.

El amor con amor se pagaba... por lo que Sol podía recortar las esperas.

Sus puertas siempre estaban abiertas, y él protegerá su paso por la universidad como si fuera un centinela silencioso.

Debían ponerse en movimiento y cimentar esa relación a través de una lógica correspondencia.

Al decir eso frunció el ceño e hizo otros ademanes de gran seriedad.

Resaltó que sus inclinaciones eran las correctas.

Le explicó que llegarían a ser muy buenos amigos mientras la mirada de Sol se volvía húmeda.

Sin más dudas había que convertir en acciones, las intenciones buenas que llevaban bien adentro, en el corazón.

El sueño estaba bien definido, ahora había que llevarlo a la práctica.

Al aceptar los deseos de Julio Cantero (esa había sido la reducción que hicieron algunas alumnas) daría pie a "sus criterios generosos y solidarios".

El hombre efectivamente se convertía en el guardián institucional de las jóvenes estudiantes, y configuraba sus aprobadas notas desde su sano y autoritario predominio.

Muchas temían que sí no lo hicieran serían separadas de sus aspiraciones.

Ya que el influyente Cantero comenzaría con sus forcejeos destructivos que serían lo suficientemente eficaces para destruir los más sólidos esfuerzos que hiciera la estudiante más brillante y aplicada.

(Ese fue el franco suministro de información que le había pasado a Sol Setes).

¿Qué cosa representaba mejor la vida, que esa alianza territorial y

placentera?

Juntos se alzarían en una amistosa confabulación que regeneraría lo imperfecto.

Tenían que someterse a lo bueno y disolver en ese mismo acto a las preexistentes tensiones psicológicas.

Para amarse les bastaría cruzar con los brazos abiertos un jardín.

II

Muchos de sus colegas tenían a Cantero como un tipo poco solemne y cacareador como los gallos.

Alguien cuyas injusticias o parcialidades eran admitidas como parte de la multiplicidad de criterios que había en esa Universidad.

El argumento estribaba en que cada profesor tenía una contemplación personal de su materia... hacía una confesional lectura.

Y por unos cuantos meses podía ser el catedrático bien amado o un déspota sin fin.

Por supuesto que nadie se atrevía a enjuiciar sus imperfecciones éticas y sus juicios machistas.

Ni oían las quejas y los relatos de estudiantes a las que tuvo que reprobar aullando medio loco.

Era un tipo de cuidado, con el que no había que chocar si no se quería sufrir una torsión administrativa.

La cautela resultaba una provisión mucho más confiable que cualquier confrontación lineal.

(Ya que los métodos que como reacción él luego utilizaría no serían proporcionales ni explícitos).

Se manifestaba en forma sorpresiva... acomodaba ataques directos contra aquellos que hubieran presentado algo vago en su contra.

Pero sería la alumna Sol Setes quien señalaría la versión más escandalosa del profesor Cantero.

Este se había dispuesto a disolver en pequeños átomos al prestigio de la

joven en la universidad.

Pese a sus suaves maneras, Sol no admitiría que se la crucifique o se la caracterizara como una alumna "rebelde".

Ella denotaría la aplicación abusiva que hacia ese profesor de sus funciones.

Porque de ninguna forma había respondido a su llamado.

(En cambio se había erguido con sensata destreza para decirle que estaba fuera de lugar).

Cómo ella lo había rechazado a nivel íntimo, él tuvo que bocharla:

Rebajar su promedio y crear una vistosa herida en su proyecto universitario.

Lamentablemente había ocurrido en forma muy temprana la degeneración y el desquicio que Cantero con civilizada austeridad se había tomado el trabajo de advertirle.

Sol quiso denunciar esa práctica (que estaría como institucionalizada):

Alertar a las autoridades.

Después de analizar mucho ese asunto decidió que no se sometería a esa injusticia.

Para Cantero, la joven había fallado en mantener sus instintos de conservación... por lo que entendió que su progreso debía ser anulado.

Ya no podía aspirar a obtener un título porque no había hecho la representación mental de lo que le pasaría.

En eso consistía la función que ejercía en la Universidad Eisenhower... aunque pudiera parecer un tanto polémica.

A algunos alumnos había que inducirlos a que abandonen los estudios de forma espontánea, irreducible y con juiciosa brutalidad.

Esa estudiante había desviado la seriedad de la relación que él intentó implementar (sin bases íntimas), por lo que merecía descender a Primera B.

Y sus medidas no eran fáciles de cercenar ya que tenían la autoridad para

purificar las cosas:

Hacer que quienes lo habían defraudado no se presentaran más trémulos a esas trincheras de los campos de batalla (las aulas) en donde se rendían exámenes para conquistar un título y una posición cómoda en la sociedad.

Necesitaba estudiosas alumnas que asimilaran bien a sus imperiosos bloques de conocimiento.

Y no a muchachas que se las pasaban jugueteando... y al provocarlo tanteaban la hondura de su rectitud moral.

Así había surgido entre Julio Cantero y Sol Setes una declarada aversión.

En el primero, los ardientes deseos se convirtieron en prestezas destructivas.

III

También para Isidora Dujovsky de nada había servido su seguidilla de esfuerzos, ni los esforzados dinamismos con que pretendió superar la materia de Cantero.

Pensaba en esa injusticia con una desnuda objetividad.

Maniobraba con un humor ácido y una gran inventiva con el fin de escabullirse de la condena de ese hombre.

Pero Cantero cegaba cada uno de los postulados con que se quería abrir paso.

Y hacía despiadadas críticas de sus denodados estudios.

Con sensiblería y soberbia procuraba causar su irremediable detención y humillarla.

Debido a su intervención, el sólo hecho que Isidora se presentara en la universidad se le había transformado en un minucioso infierno... pero aún le quedaba bastante entereza para resolver el conflicto que mantenía con el baboso profesor.

Con pragmatismo buscaba constantes vías alternativas para continuar con sus estudios.

Pero Isidora temía que las faltas de respuestas de las autoridades de la

institución poco a poco carcomieran su voluntad.

Y si bien sus ideas eran muy concretas acerca lo que se tenía que hacer, era permanentemente restringida por la indiferencia general.

Hacía prolijas reconstrucciones de lo que le había pasado, lo hacía sin enmascarar nada y soterrando una doliente animosidad.

Algunos le decían que no tenía pruebas ni fundamentos para atacarlo.

Y añadían con dramática sinceridad que admitiera su derrota, y no tirara más monedas al aire porque las iba a perder.

Ese sujeto era una figura muy imperativa dentro de la universidad.

Y los empleados moldeaban la continuidad de sus trabajos de acuerdo al temor que le sentían.

(Si bien avalaban su corrupción, también se sacaban de encima las persecuciones que les haría con su despiadada lengua).

Isidora experimentó una intensa devaluación por haber sido acosada por Cantero.

Pero intentó superar la inercia y recuperar los sueños perdidos por culpa de ese bufón.

Se mantuvo alerta y sonriente.

Sin miedos, impondría la verdad, dará mil veces su versión.

Ese hijo de perra no la ahuyentará de la universidad ni acatará sus despreciables amenazas.

La guerra a muerte contra Cantero se tornó en su más alto ideal.

“Pondré todas las cartas sobre la mesa”, se dijo mientras con pesadumbre tomaba su taza de café preguntándose por qué el destino la había hecho caer en esa trampa.

Al salir del edificio de la universidad, decidida pero fluctuante, se preguntó adónde iría tan de tarde cuando la falta de sol la ponía un poco somnolienta.

La furia de ese día ventoso trastornó la quietud de sus cabellos.

Escuchó algo de música, el sol no estaba bravo, se persuadió a caminar.

Decidió salir al encuentro con la multitud de una privilegiada área de la ciudad para comprar algo de moda y esparcirse un poco.

Se dijo que no andaba errante ni contaba cuentos idiotas... pero lo que le pasaba era incomprensible.

Quiso beber algo, y sintió como su corazón en vez de arrojar sangre, tiraba chorros de odio por la extensión de su cuerpo.

Era como si sus reflexiones reunían un valor circunstancial y efímero, y sus denuedos ni significaban nada.

Intuitivamente sentía la presencia cercana de Cantero, aunque estuviera en un lugar remoto.

Con su voluminoso cuerpo ese hombre no podía exceptuarse de la vista ni hacerse marginal.

Para Isidora Dujovsky no había justicia en aquello, y en su mente compaginó imperfectas venganzas.

Pensó en como violar las reglas y en los modos de sujetar un garrote.

Lo hizo con la precisión de quien anotaba todo en breves apuntes.

Colocaría en lugares centrales de la universidad anuncios anónimos con nefastas consideraciones.

El escándalo y la vergüenza de Cantero serán el fruto de su genialidad al andar en puntas de pie.

Actuaría con furor, como una compleja enemiga de la continuidad de ese catedrático.

Era una enemiga que ya estaba cansada, con los huesos molidos... pero representaba lo que universalmente se entendía como justicia.

Dedujo que él no se encontraría presente en ese shopping y lanzó sus ojos a las periferias.

El traslado de múltiples hombres por las sombras no la hacía feliz... pero ese ámbito no era asimilable con los dominios del detestado.

Se rostro se estremeció con una sonrisa al pensar en su moderado

sueño de graduarse en la Universidad Eisenhower.

Y sospechaba que había un consenso para cerrarle el paso.

En el fondo aquello seguía siendo un agradable sueño, pero también una trasgresión a la realidad.

El rencor de Cantero era mayor al que había imaginado.

Él le había jurado que ella se dedicaría a vagabundear por los pasillos.

Existía un extraño ordenamiento en esa universidad, cuyo personal se empeñaba en ocultar el comportamiento lascivo de uno de los profesores.

(El solo hecho de mencionarlo de mala forma hacía que esa gente despidiera gestos irritados).

Isidora denunciaría a Julio Cantero porque esa era su deber, y aunque no lograra graduarse tiraría abajo a ese maldito...

Así por lo menos purificaría un poco la tierra.

Seguirá pidiendo que intervengan sus clases, aunque hasta entonces no había conseguido nada.

Cantero que se creía deslumbrante y encantador será la víctima de su pasado y de su exuberante desfachatez.

Si bien le daba náuseas pensar en él, haría todo lo necesario para acabar con su poder despótico.

Esa crónica terminará de la mejor manera.

Asumía esa dificultosa responsabilidad para que ninguna otra estudiante fuera malamente herida por ese cerdo.

Con modestia alumbrará el camino a otras mujeres, aunque ella no pudiera seguirlo.

Al principio efectuó esas urdiembres con un solitario afán.

Llegó a ocasionar el aflojamiento de las mandíbulas de algunos miembros del platel docente debido al relieve de sus acusaciones.

Cantero parecía gozar de una protección suprema.

Era alguien intocable a pesar de la resistencia que se le opusiera.

Eso era una inversión de preceptos elementales de la enseñanza:

La inocente transmisión de conocimientos se había convertido en un patente instrumento de poder.

Los artificios de Julio Cantero habían provocado la peor decadencia.

Los empleados de la universidad se mostraban ajenos a esas cuestiones.

(Pesaban más sus miedos, y procuraron desenredarse de las quejas de la joven al decirle que no podían parar y tenían que continuar con sus actividades).

La veían como una oveja descarriada que se había puesto en la picota.

“Si quería flagelarse que mejor se vaya afuera a sufrir”, pensaban.

A lo sumo le aconsejaron que suba por las escaleras del circuito administrativo hasta llegar al rectorado.

Que vaya hasta ese sitio lo suficientemente alto en donde observaría las cosas sin parcialidades.

Así comprobaría que, como en toda institución, se relativizaba la realidad a través de una pujante burocracia.

Lo importante no consistía en rechazar al orden inmoral sino en arreglarse como pueda.

Avanzando por los pasillos de la Universidad Eisenhower, Isidora le comunicó lo que sucedía a la profesora Evangelina Arauñegui.

Pero ésta no quiso interlinearse en su atmósfera sombría.

La miró mal y giró la cabeza en su contra como si fuera un pájaro de mal agüero.

No quería que profundizara con ella a sus pensamientos, ni que la pusiera en la misma línea de sus desenlaces.

Evangelina Arauñegui no caminaba por las cornisas y se asimilaba bien al silencio.

No tenía intenciones de mediar, y dijo que dentro de las divisiones

académicas sólo hacía su trabajo.

No atacaría ni reivindicaría a otros profesores.

Era claro que Dujovsky le estaba llevando problemas que pertenecían a un horripilante trasfondo en el que ella no tenía por qué inmiscuirse.

Tampoco le daría las disculpas públicas que requería.

Y le pidió por favor que no le dijera más esas cosas que hubiera tenido que denunciar en el inmediato momento en que se produjeron.

Tenía razón en sospechar de Isidora:

Muchas alumnas solían llorar histéricas o gritaban obscenidades con una desafiante actitud por no haber alcanzado las metas exigidas.

Para esa profesora esos incidentes ya se habían alejado demasiado en el tiempo.

Araúnegui defendía su puesto con uñas y dientes, sin prestarse a reconocer lo que pasaba en las aulas de otros profesores.

Mantendría el mundo armonioso de su habitación sin que la afectasen las exteriores tormentas.

Había una elemental compartimentación de labores que había que respetar.

Y hablar mal de otros profesores no era la función a la que había sido asignada.

Estaba ahí para enseñar y no para desestabilizar lo preestablecido.

Hasta ahora nadie había hecho una denuncia formal sobre ese profesor que además no tenía abierto ningún sumario.

Y no se podía así porque así quitar al otro la dignidad, la honra o mancillar su imagen.

Definitivamente Araúnegui no quiso que Dujovsky la metiera en problemas.

El solo hecho de haberla escuchado había significado un gasto inútil.

Además de Isidora, estaba la otra joven:

Sol Setes que se encontraba entre las que para aprobar debió haber atendido los pedidos de Julio Cantero.

En un café aledaño la había citado contra reloj, para hacerle "constructivos planteos".

Al principio le había hablado en términos académicos, pero también lo hizo con un doble sentido.

Cantero tenía mucha labia, voz espesa, labios gruesos y en líneas generales su aspecto era el más grosero de alguien que pretendía vestir con suma elegancia.

A Seres le había dado la horripilante seguridad que no le pasaría nada malo.

A ese profesor siempre se lo veía con aparente placidez, ordenando los turnos de los secretarios de la Universidad.

Y haciendo discursos con amplios desbordes de ademanes.

Constante e infatigable, ejemplificaba con su persona a algunos acontecimientos.

Transmitía una visión optimista del mundo y tenía con los empleados un penetrante trato personal.

Ordenaba las cátedras con aquellos profesores que asentían a su obra educativa.

Con gestos raspantes los llamaba a hacer el trabajo:

La gran obra.

Cantero expresaba en forma drástica cual era la dirección de la Universidad.

Y siempre se jactaba que jamás había diluido el vino en soda.

Afirmaba nunca haber actuado en forma mezquina, aunque utilizara con cierta frecuencia soeces palabras.

Su rol y sus empeños habrían sido bravos y excelentes.

No eran pocos en la Universidad que estaban al tanto de sus paralelas labores... a las más bellas del curso Cantero les clavaba sus ojos

y les sonreía con una intrepidez espeluznante.

Pero no era que les ponía la mano alrededor de sus cinturas... sólo se trataba de una admiración que le salía prístinamente del alma.

(Para estas aquella atención al inicio no era una desdicha, sino que lo presentían como una especie de halago, hasta que Cantero agregaba alguna altisonante palabra... algún gesto que más que encarnizado era lacerante).

No suponían que esos inesperados arrebatos podrían impedirles escalonar naturalmente por los hitos de sus carreras.

Creían que las mentiras nunca se harían más poderosas que las verdades.

Sólo se trataría de un hombre que ponía un orgulloso énfasis en su masculinidad; puro palabrerío... (o tendría tanto éxito como un navegante ciego en aguas oscuras).

No tardó mucho en que Sol Setes e Isidora Dujosky se unieran en un afán común para revertir las discrecionales conductas de Cantero que habían aprendido a temer.

Se insuflaron ideas y conceptos que no sólo les dieron una base de apoyo, sino también mayor jerarquía a sus reclamos.

No podía ser que ese tipo, aplicara una y otra vez los mismos disipados métodos y no fuera sancionado.

Bregaban para que sus esfuerzos no se tradujeran en reproches inútiles.

Reunieron pruebas contundentes, sin dejar que toscas notas dramáticas nublaran la objetividad de sus informes.

No iban a suplicar ni a padecer más por ese profesor... a pesar de que hasta entonces las ignoraban como si fueran paredes.

Se encontraban desmedidas en la misma confitería de al lado de la Universidad, en que Cantero se les había insinuado.

Ahí hacían resplandecientes confirmaciones, adoptaban nuevos reconocimientos y hasta se fanatizaban.

Sol había transmitido a Isidora su gran indignación:

No tenían por qué seguir soportando las abyectas presiones de Cantero

que las empujaba al abismo.

Frente a los cielos que en esos meses contenían al color del plomo, la joven desplegaba una afinada sonrisa.

También Serena Manfredi no aguantó más al esplendor con que Cantero la trataba.

Y se juntó con las otras dos para dar mayor pluralidad a sus quejas.

Así se alejaría de las sombras destructoras, del bullicioso silencio, del malestar y el vacío.

Deseaba que todo volviera a ser como hubiera debido ser.

Seguir adelante sin culpas y con sus pocos y espaciados goces.

Las tres pretendían continuar con sus estudios en forma tranquila y transparente.

Y se comprometieron a trabajar en contra de los ilícitos desenvolvimientos de Cantero.

Crearían conciencia de sus comentarios sexistas y los acosos que regularmente habían tenido que soportar.

La apoteosis que surgiría cuando el tipo cayera... eso tendrá una tan simple reminiscencia mística que hará cesar sus tristezas y ya no le temblarán las manos.

Julio Cantero era un factor muy cruel que había entorpecido sus carreras y amenazaba con acabar con sus costumbres normales.

Algunas cosas que este dijo las habían registrado, y eran fehacientes y demostrables.

Su red de abusos quedaría al descubierto de acuerdo a la voluntad justiciera de las tres alumnas a las que había molestado.

Demostrarán que era un sujeto muy dañino que les había hecho sucias proposiciones.

V

Iván Montes Carpio fue el primer profesor que sopesó con un balbuceante frenesí, el dilema que representaba Cantero cuyas andanzas no le

eran desconocidas... sino que le habían dado mucho de qué hablar.

Como era costumbre se tenía que ocupar de todo personalmente.

Y ansiaba mucho deshacerse de Julio:

Meterlo en una balsa y entregarlo al mar para que se perdiera.

Todavía no se explicaba como hacía este para estar jodiendo todo el tiempo y mostrarse como un lúcido garante del orden institucional.

Ya no le daría más su auspicio ni lo invitaría a reflexionar.

Por el contrario, le marcará sus límites con un desasosegado espíritu crítico.

Les dijo a algunos colegas (desde ese sensible posicionamiento) lo que acontecería si éste seguía con sus conductas absurdas y autocomplacientes.

Los artificios de Cantero se habían vuelto excesivos y Montes Carpio ya no permanecería indiferente.

No podía ser que hubiera tanta indolencia moral, y no se pusiera un solo hombre de pie para marcarle los puntos a ese cretino.

Cantero no podía seguir pasándolos por arriba ni desdeñarlos... como si no hubiera envejecido y su cuerpo al desnudo fuera una obra de arte.

Fue ese mismo profesor, Iván Montes Carpio, quien frente a Isidora Dujovsky pronunció avergonzadas palabras que propagó con discrecionalidad.

Entonces estampó en la figura de Julio Cantero los adjetivos de necio y cobarde.

Estaba indignado por sus ejercicios de futilidades.

(Lo veía como un calentón sin remedio al que no le quedaba una sola neurona en la cabeza).

Y dio dos o tres metáforas que coincidieron con el sistema de valoración que había hecho esa enajenada alumna.

Se había liberado de los antiguos clichés para señalarle la deshonra de ese desaforado del que se sentía absolutamente ajeno.

Montes Carpio ya no podía callar más porque la longitud de sus silencios formaba una cuerda que le ataba las manos.

Los conflictos surgirían por callar y permitir que las mentes de los profesionales de la educación fueran sembradas con desalientos.

Él no se adheriría a enfoques apócrifos, sino que asumió una inequívoca indignación.

Se miró las manos y se dijo que los justos ya no se contentarían con cuentos de hadas.

VI

Antes de seguir adelante con su campaña de desprestigio, Isidora se había largado con sus largas piernas por calles llenas de humedades y lodos, y se dio vuelta con una fuerte sacudida de cabeza:

Julio Cantero la seguía para anunciarle su cese como potencial egresada de la Universidad Eisenhower.

El hombre caminaba majestuoso en coincidencia con su camino, y giraba a derecho o a izquierda según lo que Isidora hacía.

Quería darle su decisiva apreciación para que no continuara con sus discrepancias y polémicas.

O para que configurara lo que quisiera... pero a sabiendas que había sido condenada de antemano.

Y mentiría si no le dijera la dura verdad... porque él se tenía a sí mismo como una mezcla de santo y gato.

Como era natural procedía como un elefante que tiraba abajo aquello que se le ponía enfrente.

Se sentía alguien poderoso, inmutable, y preestablecido.

Esa fue la siniestra causa que hizo que Isidora acelerara su marcha entre edificios infiltrados con alquitrán, que brindaban cuestionables lealtades a los transeúntes.

Temía que el hombre llevara un bate en las manos, que hubiera tomado tres litros de cerveza, y que la violara en un apartado callejón.

Isidora pasó del temor que atenazó sus hombros, a errar por lo que parecían indoblegables laberintos, en los que las lejanas bocacalles eran las únicas aberturas cuyos cuadrados de luz podrían conducir a alguna

salida.

Estaba apretada en una ciudad en donde las distancias se hacían reiterados dilemas.

¿Cómo se enteró Cantero qué ella estaba ahí?

Sin dudas, dentro de los muros de la Universidad había espías que especulaban para ganar el favor de ese cerdo.

Y le comentaban cualquier cosa que podría perjudicarla.

Isidora pescó por un accidente casual al chillido de una pequeña ave.

Eso la quitó de sus abstracciones, pero le hizo temer que le estuviera pregonando un mal asunto.

Había decidido actuar con método, pensando, eludiendo las obstrucciones que se presentarían.

Tenía la mermada esperanza que dentro de un corto tiempo Julio Cantero experimentaría en carne propia las consecuencias de sus extorsiones horrendas.

Le replicaría en esa inmediatez, sin intermediarios, sin moderación ni dramaturgias... porque no le temía y no conseguirá embarrarla más.

En ese instante lo tenía detrás suyo, pero no escuchaba su voz que mezclaba vulgaridades e ironías.

Seguramente pondría todo su vigorosa y robusta constitución en molestarla.

Iba embelesado, agradecido por ocasionar la degradación de la joven, por tener la maldad de causarle tanto dolor.

Por ser Julio Cantero que podía sembrar con espinas los caminos de las tontas estudiantes que se le oponían.

Asustada, Isidora practicó una altiva indiferencia mientras lo perdía de vista.

Ahora ese hombre circulaba oscuramente por algún otro lugar... atracando a otras alumnas con sus mañas insólitas y sorprendidas.

Pronto en el hall central de la Universidad, aparecieron sucias palabras que a la par de acusar a Julio Cantero, manchaban al busto de una insigne prócer cuyo mármol dejó de ser de un blanco cegador.

Inoportunamente había aparecido lo que no tenía capacidad de canonizar a nadie.

Ese personaje histórico había sido una figura importante de la joven América, una referencia moral.

Uno que estaba en la boca de los conferenciantes, en los libros, en sus brillantes prólogos, y en los cursos que recibían la rúbrica oficial.

Y esas letras poseían una mixtura de rabia y frustración, que, aunque restringida a un corto espacio físico, querrían extenderse inmedibles sobre las conciencias.

Imponían al odio como la única certeza eficaz.

Se apropiaban de la escena debido a que las miradas se hacían inevitables.

Esa inscripción que arengaba a ese profesor como un violador, escandalizó a muchos.

(No se toleraría por mucho tiempo esa mecanización de la injuria).

A Julio Cantero no lo habían ubicado entre honrados académicos sino entre lo peor de los criminales.

Crease o no, el más piadoso de los hombres era despreciado pese a haber hecho tantas pedagógicas filantropías.

El mundo estaría a punto de abandonar los ideales de la razón que antes solían ser reconocidos a ultranza.

Se podía ver como las prohibiciones habían perdido sus formas fronterizas.

Y se hacía hablar a una muda estatua con expresiones desgraciadas o alarmistas.

Se sucumbía a la desesperación antiestética y al pesimismo absoluto.

Para Iván Montes Carpio, que había llegado primero a las puertas de la Universidad Eisenhower, esa pérvida variante del día había sido ensanchada por el alto ulular de una ambulancia, el hambriento ruido de una sierra (que le taladró los oídos) y el espeluznante espectáculo de

obreros afeando con rigidez las circundantes calles.

Cuestiones todas que lo habían dotado con muy mal humor.

Esa era una inmensa paradoja que lo molestaba.

Se habían dejado de lado las preguntas educadas para inculcar lo divisivo.

Los rencores eran mayores al respeto por las investiduras y los límites espaciales.

Alguien pretendía sustituir al imperio del Orden con una fragmentación vulgar.

Montes Carpio rumió en su corazón que se sentía solo y desconocido.

Quedó retraído, apabullado, pero oyendo lo que decía la gente.

Todo conspiraba para crear un marco imperfecto, lo único que faltaba era que hubiera un corte de luz...

Se puso la mano bajo su mentón y sintió un odio profundo o un dolor de cabeza.

Montes Carpio se escarneció porque la obra a la que había dedicado tantos años de su vida, nunca resultaba lisa y uniforme, sino que le surgían complicaciones a rabiar.

Había cultivado un sueño que no era ambulante.

Pero que otros declaraban imposible:

Un mero atrevimiento como el amputado testamento de una estatua.

Fueron el vicerrector Benito Saboyano y el susodicho profesor Iván Montes Carpio, los que se habían irritado mucho por ese ultraje.

Y quienes mandaron rápido a pintar al busto que exhibieron como un horrible sabotaje a las inmaculadas actividades educativas que desempeñaba la institución.

Había ocurrido lo que en general se temía:

La ardiente prédica de la violencia a través del sacrilegio.

Ese vandalismo tendría características individuales y a la vez pertenecería

a un grupo.

Y había que combatir esos monstruos cuyas actividades eran desapacibles.

Tal vez eran infiltrados políticos, quienes para perpetrar ese acto feroz se escurrieron por los pasillos en una noche dominada por las vastedades del sueño.

Porque el mundo de las pasiones vengativas había sido inscripto en el inocente mármol.

Y mi siquiera por diversión o repugnantes entretenimientos se imputaría a un reputado académico ese carácter criminal.

Pronto Saboyano y Montes Carpio rechazaron juntos a ese atentado horripilante.

Y dedujeron que quien o quienes hicieron tal cosa fueron extremadamente intolerantes.

Se trató de personajes oscuros que no buscaban correspondencias entre las palabras y las cosas.

Ellos no planteaban una historia, sino la predicación de la perversidad.

En verdad no les importó esas ridículas acusaciones contra Cantero... sino la pérdida de la higiene que siempre hubo en los pasillos de la Universidad Eisenhower.

La estéril gloria que procuraron los perpetradores sería arrollada con pintura blanca que tapaná esos rastros de sus odios con sus numerados adjetivos.

Iván Montes Carpio sospechaba que se trató de Isidora Dujovsky... y eso hizo que le saltaran las venas de su cuello y se le abrieran las ventanas nasales.

Esa era una treta que tendría que aclarar, ya que la alejaba de su simplona distribución de ensayos o panfletos.

Había dañado la propiedad de ese Centro de Estudios.

Esa alumna de irreales memorias ya lo fastidiaba.

Las sospechas que tenía en contra de Cantero eran absolutamente

ilusorias.

Y por su agresividad o su angustia había manchado los intocables bronce de la institución.

Igualmente, como profesor ya la tenía marcada:

La mencionaba a sus colegas con gran irrisión.

Les aseguraba que era un ineludible deber moral evitar que esa joven se graduara.

Él había hecho como que le daba un manto protector, pero en realidad buscaba que se tranquilizase antes de que se hundiera definitivamente.

Al dar sus exámenes ella no sabía realmente de que hablaba, sino que hacía grandes apuestas conceptuales con las unas cuantas veces acertaba en las respuestas...

Estaba destinada al irreversible fracaso.

Por lo que debería dejar de estudiar, salir a la calle y buscar un trabajo que le resultara viable.

Los docentes tenían el encargo de detenerla durante los exámenes finales, haciéndole preguntas muy pesadas:

Los bolilleros con los temas eran exacerbados hasta sus límites más profundos e impenetrables.

Y si se quería, los tópicos podían ser más que oscuros, sombríos.

Ya que nadie podía aprender la totalidad de una materia:

Cargar su memoria con desorganizados conocimientos que se amontonaban desde orígenes mitológicos.

Nunca sería un acontecimiento real que la joven Dujovsky recibiera un título de la Universidad Eisenhower.

Más que una certidumbre esa era la resolución que se había dictado detrás de bambalinas.

Consistía un imperturbable derecho de ese importante instituto, el dar a algunos de sus estudiantes meramente una función participativa.

Había habido otras variedades de ataques contra Julio Cantero como la de

un panfleto redactado desde la inconcebible apostasía.

Este había redoblado con prisa a la locura.

Había atacado a su honor como si fuera un hombre liviano.

Todo el plantel docente (más allá de sus diversas tendencias, métodos, y enfoques doctrinarios) había denunciado esa calumnia con una pujanza nunca vista.

El folleto decía que ese hombre era un acosador, y que para él cualquier alumna era presa fácil.

(Perseguirlas le era tan simple como cargar un carrito cuando hacía las compras en el supermercado).

También hablaba del desajuste de valores y del desgobierno de la institución.

Descreía que esta nunca propugnaría un progreso o un porvenir a los estudiantes... es más: se trataría de una estafa.

Para Montes Carpio, esos grotescos actos se habían repetido sin que alguien impusiera límites o castigos.

El ímpetu por alterar al mundo ya era sobrecogedor.

Se quería que reinara la relatividad y la ambigüedad en actividades que antes habían sido sacrosantas.

El anónimo redactor había querido convencer a los demás de sus disolutos puntos de vista.

Y decía conocer de lo que hablaba como si fuera un testigo de cosas innombrables.

Pese que nunca la vio arrojando sus sombras por los intramuros vespertinos, Montes Carpio le dijo al vicerrector Benito Saboyano que fue Dujovsky quien buscaba roña para incriminar a Cantero.

Era curioso:

Después de haber ejecutado en clase varios de "esos incidentes", ella no cesaba ante nada para hacer valer sus afanes sórdidos.

Había querido ser su "favorita" y Cantero no sólo no la reconoció como tal,

sino que amenazó con sancionarla.

Este le había dicho que no temblaría en cumplir con sus obligaciones no sólo como profesor sino también como hombre.

La joven había perdido las direcciones lógicas en su cabeza y por eso hacía garabatos horribles sobre las paredes.

No había entendido la dimensión concreta de la palabra:

“No”.

Montes Carpio le había hablado con la intención de no discriminarla.

Pero saturarse con generosidad había sido en vano.

No había querido ponerse enfrente y convertirse en su contrincante.

Le ofreció una vacilante amistad, una inestable mano.

(Mientras que la incluía en severas notas que corrían por las salas exclusivas de docentes, en las que la describía como una estudiante muy difícil).

Había hecho lo imposible para silenciarla en forma cordial.

Siempre fue bien intencionado.

VIII

Lo que Sol Setes había sacado en claro de las propuestas de Julio Cantero incluyó la indignación y el azoramiento.

De la nada empezó a errar sin brújula, a crispase ante cualquier pequeña interrupción.

Sentía en su cabeza a un infalible garfio cuando no podía dormir y se quedaba colgada frente a la pantalla del televisor hasta las altas horas de la noche.

Y se encandiló con la idea de Isidora Dujovsky, de que ese drama que estaba viviendo sería rematado con felicidad si exponían los crepitantes informes de lo que les había sucedido.

(Muchas mujeres habían sido manoseadas por ese sujeto con ostentosa impunidad).

En su mente las brasas con fuegos que estaba prendiendo su compañera, armaron un inmediato incendio.

La urgencia por conocer la verdad acabaría con los numerosos e infieles rodeos que hacían las autoridades del instituto.

Su mayor alegría será el desmoronamiento de Cantero, quien había conseguido trenzar en su frente a avejentadas líneas de preocupación.

Acabado, el hombre reconocerá que se había metido en la oscuridad para chocar con un grave obstáculo.

Pronto Sol cumpliría veintiún años y quería salir a festejar, dejando atrás eso lamentable que había vivido.

No quería pensar más en la arrogancia de ese tipo ni en sus provocaciones rimbombantes.

Sólo quería disfrutar de una vida social tranquila.

Sol se repasó frente al espejo como una joven mujer de piel clara, labios carnosos, que encaraba con prudencia a los profesores, con una tímida independencia y sin hacerles fastidiosas odas.

Cumplía con las acostumbradas incidencias de las situaciones simples:

Siempre actuaba con una amabilidad y un respeto que no escondían temor hacia las figuras con poder.

Y contaba con la libertad para querer y hasta exigir lo que le correspondía.

Pero frente a los libidinosos pedidos de Cantero, le sonaron estruendosas alarmas en su corazón y con compulsión se aferró a su cadenita de oro con la imagen de la Virgen.

Las cosas se tornaron borrosas, lo que antes estaba claro ahora la dejaba inerme.

Fue un aviso de peligro... y más que una especulación era un juego que se había salido de los límites.

Estaba ofuscada, angustiada, y le resultaba difícil restablecer la disciplina en sus estudios.

El hombre no le había insinuado nada al azar, sino que dejó de lado la

cautela para amenazarla con ciclos imprevisibles.

Cantero había calculado al sí de la joven con una maligna certeza... puesto que ésta no querría ser incluida en su lista negra a la hora de rendir sus exámenes.

Además, ninguna mujer se desangraba si tenía a la vista a un hombre como él.

Todo sería tan fácil que sólo tenía que aparecer con una sonrisa en el lugar propicio, y luego replegarse a sabiendas que los favores serán bien recompensados.

Y no habría problemas ni criterios dilatorios de ninguna índole.

Él no era un hombre que caminaba descalzo por las calles, sino uno que tenía una responsabilidad compleja.

Alguien que apretaba sus puños durante las guerras y no fingía nada durante los periodos de paz.

Sin embargo y prescindiendo completamente de la normal camaradería, le pidieron que se presente al despacho del vicerrector.

Cantero era un básico pilar de la Eisenhower.

Pero tenía que dar explicaciones porque un colega lo había retratado con una jeta miserable.

Saboyano querría hacer otra de sus ficciones críticas para después pedirle una mayor colaboración...

O finalmente, las intensas peroratas de Montes Carpio habían logrado sembrar alguna discordia.

Al hablar con el vicerrector por algo más de una hora, Cantero entendió a las negativas miradas que éste le dirigió como la conformación de algo bastante tenso.

Saboyano se había dejado apurar por imperativas especulaciones.

Se apretaba al nudo de su corbata como un disimulado gesto de fastidio.

Consideraba como una alta factibilidad lo que se comentaba por los pasillos cuando se ponían oscuros y tenebrosos.

En esas cautas superficies se adivinaba una tormenta.

¿Podría ser Cantero tan infeliz como para tirársele en contra?

Su conducta hacía que sus pensamientos quedaran aferrados a perspectivas adversas.

Con desdeñosa fatalidad Saboyano le estaba tejiendo una tela de araña alrededor de su cuello.

Le dijo que había diligenciado un esquema de hastíos porque no se podía contener frente a tantas jóvenes de deliciosas apariencias.

Sí... Saboyano estaba bien al tanto de sus alegres arreglos, aunque hasta entonces se hubiera mostrado un tanto laxo.

Cantero le explicó que, al ser el centro de sus clases... ¿por qué no se aprovecharía de voluptuosas oportunidades?

Previstamente se aproximaba a las mujeres con un entrecejo lleno de historias a revelar.

Era un profesor formidable y no había que desdeñarlo porque de vez en cuando aceptaba que prevaleciera el amor.

Ellas voluntariamente accedían a sus directivas llenas de afectos y le daban especiales gozos, que, por supuesto eran un tanto contingentes, pero le hacían mucho bien a su debilitada salud psicológica.

Y no era turbulento su apetito, sino que propugnaba la liberación de los instintos...

Por lo que no tenía que avergonzarse de nada.

IX

La entrada de la luz al abrir la puerta fue sigilosa, y se podía ver en ese universo en que prevalecía la felonía, que Isidora Dujovsky no se encontraba sola.

Muchas mujeres se le unieron y explotaron con regocijos al interpretar que unidas, lo que les había ocurrido no seguiría siendo tomado con levedad.

Ya no había una voz compuesta de murmullos, sino un coro de voces dispuesto a gritar.

Había sed por hacer justicia, y no estaba aisladas ni débiles frente al Orden de lo habitual que se declaraba fuerte e imperecedero.

Con Sol Setes ajusticiarían al facineroso Cantero por sus actividades turbias.

En los encuentros que sostuvieron, habían armado en su contra un sinfín de sentencias terroríficas.

Si bien aún no habían sido oídas, ensancharían al máximo sus actividades de divulgación.

Llamarán a cronistas distinguidos.

Contarán lo que les había pasado con un indiscutible tono final.

Ya no estaban en shock, y se emplearían tácticas de ataque.

Con esa obstinación no dejarían que el monstruo perfeccionara sus acechos sobre otras jóvenes poco afortunadas.

En cada día incluirían cada detalle de lo que había sucedido antes que se convirtiera en algo imaginario.

Isidora Dujovsky y Sol Setes subieron las escaleras hasta llegar al despacho del viejo Raymundo Orellana, rector de la institución que nunca en alguna de las urgentes visitas que llegó a hacer por las aulas, había calculado que un profesor fuera una manzana podrida.

Y no supuso que lo que le traían esas jovencitas se constituiría en una amenaza mayor, capaz de alterar lo que siempre tuvo la misma forma.

Es más, aquello sería pecar de abierto optimismo:

Su memoria ya ni siquiera le permitía calcular quien era Julio Cantero...

¿Era un hombre sin paz, o uno que tenía el signo de los tullidos, o aquel que no se atenía a las reglas generales?

¿Qué importaba?

Orellana ya se encontraba en el ocaso profundo.

En el nebuloso encierro que va formando la edad, aunque fingiera seguir activo.

Ya no podía cifrarse en lo medido, y apenas abría un libro corría el

riesgo de ponerse a divagar.

Ocupaba el lugar central en esa universidad privada a pesar que sus funciones eran más bien protocolares.

Empuñaba una sabiduría tradicional.

Decía ser el heredero de una gran cultura, pero había descubierto que era moderadamente infeliz...

Que ya no había certezas de nada y la vida era pasar por reprochables modas.

Lo que le gustaba hacer era estudiar las lejanas líneas del cielo para determinar si llegarían recias lluvias.

Y buscar en enormes diccionarios a extinguidas palabras.

Jamás se tomaría el trabajo de encontrar un asesino ni ordenar su linchamiento.

No argumentaba a favor ni en contra de nada, ya que eso sería poner a prueba a su imparcialidad.

En los actos oficiosos sólo recitaba las últimas palabras entre mareado y aturdido, cuando consciente de su impoluta virtud se limpiaba los labios con un pañuelo.

Sus otros pasatiempos consistían en mantener una respiración regular, no agitarse, y tratar de no poner cara de espanto.

Componía una suerte de postura estoica en la forma en que se paraba para recibir a sus visitantes.

A las niñas las incitó a estudiar y no perder el tiempo con interminables paradojas.

Pronto comprendió que Isidora Dujovsky y Sol Setes pretendían deformar sus reposados ciclos.

Instarlo a navegar en la precipitación y el desorden.

Bien sabía que el calcular los enigmas sólo los ampliaban.

Esas jóvenes que efectuaban acervas críticas en sus narraciones abandonaban al sentido común.

Franquearon los límites de sus vivencias individuales con la intención de crear un maleficio colectivo.

Y no supo cómo eludir la escucha de ese resumen vicioso.

Por lo que con un sutil descreimiento comenzó a hablarles de los griegos (con la idea de llegar al periodo románico medieval).

Hizo todo lo posible para deslindar sus raras ignominias con un serio discurso histórico.

Les señaló un camino para que lo siguieran.

Con gravedad les derramó palabras que surgieron de la profundidad de su intelecto.

Las costillas de Orellana ya no estaban inmaculadas como para hacer engorrosos trámites.

Él, como rector, estaba para pensar las cosas dentro de ámbitos universales, no le interesaban las cuestiones privadas.

Desde su mirador observaba lo que estaba en continuo movimiento.

Lo que se encontraba en la sangre y la suerte y alguna vez serviría para algo.

¿Quién garantizaría la objetividad de lo que esas niñas le decían?

Porque lo que sumaban era relativo y no temporal o histórico,

Eran acusaciones inciertas.

Las niñas veían al mundo como un campo minado, y estaba entre sus funciones el encaminarlas hacia la verdad completa.

Lo que le dijeron más bien le pareció subliminales pavadas.

Le habían asegurado que estaban ahí para romper un secreto, pero más bien le habían agregado molestas variaciones.

Y se habían atrincherado en su despacho fraccionando una de sus horas más valiosas.

(Cuando se disponía a analizar la intensa topología de un mapamundi).

Les ofreció que se sirvieran agua de un surtidor y puso cara de dulzura al

hacerlo.

Como rector debía dejar el legado de un digno Saber que no se cargara con impropias contradicciones.

Pondría un punto final a esa conferencia.

Ya las había iluminado demasiado y quería volver a su antigua actitud contemplativa.

Debían estudiar, él les podía recomendar un buen texto, un gran autor...

Y eso pondría en marcha un conjunto de transformaciones con las que superarán la angustia causada por la personalidad académica tan dominante de ese profesor Cantero.

Y si no hacían el esfuerzo de conciliarse con él, esa dedicación suya era estéril.

¿Qué problema tenían con ese profesor?

¿Y qué importancia podía tener?

Todos tuvieron que soportar alguna vez un profesor muy duro, pero estos fueron los que mejor los orientaron por los arduos caminos de la vida.

Sin dudas, las niñas entretejían problemas...

Ese era el rasgo admirable y a la vez molesto de las personas jóvenes.

Era claro que les resultaba difícil lidiar con la cotidianidad, y aquello que estaba lejano les parecía que traía humo.

Afuera, al mirar por la ventana notó que el cielo tenía columnas de nubes marrones que, si no aminoraban sus suntuosos movimientos repatriarían grandes tormentas.

Pero el tiempo a veces era sensacionalista y no construía sobre el aire a los temidos escombros.

Isidora Dujovsky se había acomodado en ese día frente al rector para narrar sus desventuras sin que nada quedara en el tintero.

Pero pronto entendió que Orellana no se correría un ápice de sus formalidades, nunca exigiría transparencias y a cualquier exposición se opondría para que nada cayera bajo sospecha.

Quería mantener a toda costa la buena imagen de la universidad.

Había impugnado lo que le dijeron, o hizo una lectura casual, para hablar de asuntos que entendía como de inclinaciones más nobles y cuyas magnitudes eran bastante extensas.

El rector Arellano era débil, una figura de papel al que pronto sus familiares llorarían su muerte.

Ella y Sol se retiraron palpando las paredes amarillas, contando sus chillones pasos con discreción, arrepentidas por haber subido hasta ahí.

Sol Setes alzó su cabeza y farfulló algunas palabras que antes había considerado irrealistas.

Había jurado que se consagraría a la tarea de denunciar lo que indudablemente no debía permitirse.

Haría modificaciones bastante importantes.

Es más, divisaba las magias de algunas soluciones a las que antes no había querido recurrir:

Darí a intervención a su familia, aunque eso le resultaba un tanto lacerante.

Había puesto su mejor voluntad para que las cosas se arreglaran en forma silenciosa, pero eso fue insuficiente.

La dimensión de ese agravio dejaría de estar sólo en su mente para hacerse pública.

Su complejidad se hará visible y ya no sería indescifrable.

Revolvería a ese mundo sin importarle que los que quedaran adentro fueran revocados.

Lo que le había hecho el profesor Julio Cantero fue muy grave y provocó a un concentrado análisis de parte de los Setes.

Una tradicional familia que remontaba su estirpe al ideal período histórico de la Independencia.

Su padre le reveló a Sol que eso no quedaría así.

Y castigará a Cantero sin atenuantes como el miserable cobarde que era.

Miembros muy destacados de esa familia patricia habían adquirido ostentosas sepulturas en el cementerio de la Recoleta.

La había merecido por haber configurado lo que desembocó en una República de muy extensa geografía.

Y en un día que llovía y la luz estaba mojada, fue escuchado con indignación lo que Sol no había deseado contar.

Otra estudiante que también había sido trastornada y se sentía infeliz, era Serena Manfredi.

Ella no solía brillar en los estudios, y había tenido que aproximarse a Julio Cantero sin portar finalidades distinguidas.

Se había contaminado con el temor crudo de no aprobar la materia.

Dentro de lo ficticio o real que Cantero le propuso, supuso que aquello sería un soplo, algo menor.

Por lo que frente a los ardientes gruñidos del profesor se mostró complaciente, humilde, aparentando alguna dicha.

Había hecho esa elección para superar sus atrasos académicos, y tal vez creyó que había encontrado refugio en un hombre maduro.

Quiso dotar su tiempo con un reconocimiento sutil, mirar en el espejo a su figura y percibir en esta a huellas de una lejana gloria.

Abrir el mazo, repartir los naipes y jugar con una sonrisa luminosa.

Después de algunas caricias aceptó entregarse, y siguiendo las congratulaciones de Cantero se fue con él a un hotel prefijado.

Coincidirían esa vez y después la relación se tornaría vaga.

Sería una aventurilla que se convertiría en una fuente de inspiración.

Pero Cantero con absorta satisfacción optó por continuar esa vínculo, y pronto aquello se volvió denso y forzado.

Serena se vio inmersa en una realidad cuyas sendas nunca trazó.

Por mucho tiempo Cantero había roto su voluntad con abrumadoras presiones.

Le precisaba cual era el día en el que debía considerarla de su exclusividad, y si no se enojaba como un camorrista capaz de pelear con

los puños.

Luego Serena mencionaba a sus amigas que había salido a festejar con conocidos por una lateral discoteca de la ciudad.

Y se perdía en la evolución de los contingentes temas de una charla.

No decía que se había malaventurado... y su vista quedaba clavada en un mar cuyo volumen, detrás del horizonte, sería abismal e incalculable.

Había perdido bastante paz, pasaba horas cepillándose el cabello, se denigraba con murmullos que no eran audibles, pero eran parte de los secretos que atravesaban algunas zonas hostiles de la ciudad.

Se le había configurado un orden inexplicable y absurdo.

Después de observar al cielo que expuso una línea roja con aditamentos grisáceos, Serena concluyó que el profesor Cantero para aprovecharse de ella alargaría los tiempos de aprobación de su materia que así se harían inconmensurables.

Se había encadenado a su sádico poder, y su paso por las escondidas penumbras no tendría fin.

Por lo que no reprimió un largo llanto, y sintió lástima de sí misma al calificarse de réproba.

Lo que antes había sido una noción ambigua se había vuelto una situación muy densa.

Y su sangre pasó a ser la misma cosa que la postergación de sus sueños y la disolución de su alma.

En ese instante tuvo un inicial pensamiento atroz que se reflejó en su semblante pálido.

Tenía que resistir sus chantajes, se dijo con la esperanza de que esas inaudibles palabras tuvieran efecto en la realidad.

Había entendido que debía rechazar cualquier aproximación de ese hombre, cosa que hizo primero con amabilidad y luego con temblorosa quietud.

Era una trabada confrontación, pero esperaba que esa bestia se cansaría de acosarla, y encontrara en otras a su fuente de placer.

(El deseo era lo más desleal que había, y se olvidaría pronto de ella... pero

eso no sucedió).

No tardó en comprender por el brillo macilento de los ojos de Cantero, que nunca sería así, y que cuanto más ceñida y muda se ponía, él más la buscaba.

Haciendo una llorosa digresión, Serena Manfredi había contado esos sucesos.

Y tomó coraje para sumar su fuerza a la de Isidora Dujovsky y Sol Setes.

La conclusión más relevante fue que no actuarían en forma azarosa, separada, o en las periferias.

Lo que no tuvieron claro dentro de ese contexto que se encontraba con el absurdo, fue que amparándose en relaciones que tenía dentro de la Universidad Eisenhower, Julio Cantero era quien decidiría como serían las cosas.

Y sostenía que las tres cargaban con espantosos rencores.

Las causas de sus discordias tenían su raíz en que no querían esmerarse lo suficiente para avanzar en sus estudios.

Le molestaba que inventaran cosas de él y que a través de actuaciones teatrales prescindieran del simple esfuerzo de meter sus cabezas en los libros.

Lo que decían esas muchachas no eran más que aletargadas fantasías que tenían con un profesor al que admiraban (les afloraba una pasión asombrosa), pero con quien no podían colmar ninguna expectativa.

(Esas profundas discordancias a Cantero le producía una fibra de baba que parecía un gusano nadando sobre su boca).

Consintió, sí, que había habido un vínculo pedagógico, pero esa fue la única medida de acercamiento que les permitió tener.

Eso lo dijo triste.

Las autoridades universitarias habían reconocido a sus definiciones como ciertas, y (sin suponer que pusieran alguna torpeza al asumir esa modalidad) tildaron a las jóvenes como estudiantes casquivanas que hacían arriesgadas maniobras para llamar la atención.

Lo que entendió Iván Montes Carpio en la cabalidad de un minuto, fue que los muchos esfuerzos que había hecho para mantener el orden, quedarían inutilizados a causa de su colega Julio Cantero.

En ese individuo estaba el germen del caos al que él siempre se había opuesto con vibrante determinación.

Se vio obligado a demostrar que Julio no era más que un desdichado.

El prestigio alcanzado... el amplísimo espectro de reconocimiento que había reunido junto con sus colegas corría el indescifrable riesgo de hacerse polvo.

Era algo penoso que ese "cara de piedra" no pudiera desestimar sus instintos y quedarse flojo dentro de un ocio ecuánime.

Dujovsky, Setes y Manfredi habían desparramado habladurías por todos los claustros.

Y estas no eran fácilmente digerible.

Si bien eran cosas sin ningún valor, anécdotas de jovencitas, agregaban ruidos tormentosos a los vientos invernales.

Pero al hablar con indistintos colegas, Montes Carpio graduó esos hechos como si fueran resultados remotos, leves y palpitantes palabras creadas por los naturales hechizos que se daban durante los roces cotidianos.

No eran descripciones verosímiles, sino intentos desagradables de desprestigiar a un profesor, que, sí (a eso lo reconocía), era muy soberbio... pero cuya vocación era que sus alumnos superaran su árida y dificultosa materia con el máximo rigor.

Adujo que esa era la única explicación para los procedimientos de Cantero, que nunca confundió a sus estudiantes con banales discusiones.

Sin dudas las alumnas sentían una gran antipatía hacia ese profesor.

Y no era que fuera un "cabeza de repollo" que querría ser venerado o al menos sembrar un gran terror.

Sólo quería dotar a su clase de las coloraciones de su materia, con intensos puntos de vistas.

Sus trágicos esfuerzos siempre se encaminaron a sembrar con fecundidad los conocimientos.

Resulto que el vicerrector Benito Saboyano había hablado por teléfono con Montes Carpio (después del progresivo enfurecimiento que tuvo con Cantero) para informarle que había convocado a una decisiva cumbre en la tarde del siete de junio.

La consigna era evitar que Julio Cantero creará más molestias que a esa altura eran insostenibles.

El vicerrector estaba harto del temperamento de Julio Cantero, y del riesgo que creaba una y otra vez.

Saboyano lanzó un chillido y se tocó sus blandas manos, sintiendo el frío propio de los que avanzaban en la noche.

En vez de jerarquizar a la institución, Julio Cantero había creado problemas que dejaban de ser nimios o insignificantes.

La pasión que imponía a sus torrentosos affaires los estaban hundiendo en el lodo.

Benito Saboyano, patrocinó hacer altísimas oraciones y ejercicios de piedad, por ese hombre permanecía impertérrito frente al error que cometía al lanzarse desenfrenado sobre tiernas niñas que no querían adherirse a sus juegos.

El pobre no podía distinguir aquello que estaba bien de lo que era malo.

Había abandonado las arduas y necesarias disciplinas.

Dueño de un gran estupor y remordimiento, Saboyano habló con Montes Carpio como un hombre justo, y no como uno que tenía un poder camaleónico.

Ahora, como vicerrector se veía obligado a inmunizar a la Institución de grandes males.

Lo que estimó negativamente no fueron las defectuosas redacciones hechas por Isidora Dujovsky, sus desvergonzados esquemas por perjudicar a la universidad o el aturdimiento que producía con sus declaraciones, sino a las reacciones odiosas que Cantero había generado dentro de una familia asociada a la querida Institución.

El punto era que el padre de Sol Setes había pedido la cabeza de Julio Cantero, y algunos picaros abogados ya se estaban abocados en ese asunto.

Para Benito Saboyano ese bochorno estaba cobrando ímpetu.

Iván Montes Carpio, durante esa andanada de frases telefónicas, empleó cierta jactancia para referirse a cosas que no tenían relación con el tema tratado.

Le contó cómo había redecorado su casa en el country, y de lo feliz que estaba su mujer.

Procuró desligarse del acondicionamiento al que los ponía Cantero, en la rareza de ese día en el que al fin se habían puesto las cosas en su lugar.

XI

Sin seguir la parcial sugerencia de Iván Montes Carpio en quien desconfió, Isidora Dujovsky se retiró con pasos lentos por galerías de la Universidad cuyas losas tenían siniestros gravados de garritas de palomas como emblemas de paz.

Esas eran provisiones desesperadas e islitas de paz que existían como silenciosos dibujos.

Los estudiantes, abstraídos, pasaban a su lado; ella no se atareó, sino que se hizo más morosa al subir las escaleras.

Esa era la terminación de una historia que ya no debía tener más enmiendas.

Los detallados recuentos que habían enmudecido a Iván Montes Carpio, fueron entregados directamente a las manos de Benito Saboyano a plena luz del día, y de acuerdo a los cánones rígidos con que se entregaba cualquier documentación.

Eso fue prolongar en el tiempo a su sufrimiento y exaltación.

Un acuerdo para que no se escucharan más sus discrepantes sonidos.

El documento incluía denuncias concretas sin disquisiciones redundantes.

Se buscaba develar las características de lo que ocurrió, sintetizar con algunas frases a terribles estragos.

Establecía demandas que no eran quejas.

Dentro de esa solemne ocasión Sol Setes y Serena Manfredi e Isidora Dujovsky fueron absueltas por Saboyano, luego de estrechar sus manos

amistosamente.

El vicerrector se propuso contenerlas con sabiduría, sin atosigarlas con las típicas contradicciones de quienes se negaban a ver.

Esa era su función: poner blanco sobre negro y alejar la posibilidad de cualquier catástrofe.

Un solemne sentido de justicia dominó ese acto, y no se hizo irritantes apreciaciones.

Hubo alguna alabanza, un murmullo que hablaba del honor y la recuperación de la honestidad.

El documento fue sostenido por Benito Saboyano como un medio de prueba de disposición efectiva.

Tenía la seguridad que se invertirían las cosas, que el cosmos no integraría en su centro a la barbarie.

Enseguida, la escena fue desdramatizada por el simpático guiño de ojo que Benito Saboyano dirigió a las tres jóvenes.

Lo hizo con la intención de entregar lo prometido, ya que su respuesta no será un invento, una nueva crítica o el constante dejar pasar.

Al optar por esa alternativa posible, el vicerrector arrebató la taza de café a la secretaria que lo traía.

Y dio algunas moderadas sugerencias a las estudiantes, llamando a Isidora, ámbar y un pedazo de sol.

Su trato fue respetuoso, lleno de comprensión, y en su rostro no hubo máscaras ni salieron de su garganta nuevas hipocresías.

Durante esa reunión que duró la quinta parte de una hora en ese reblandecido atardecer, el vicerrector Saboyano tuvo la enorme complacencia de pronunciar con aborrecimiento al nombre de Julio Cantero.

Dejó ver que de acuerdo a sus expresas funciones lo destituiría.

Compartía la vergüenza de las niñas, y entendía a lo pasado como lamentable.

La virtud de la paciencia había rendido frutos.

Benito Saboyano frenó la insensata idea de las tres de acudir a la Justicia, con un coloquial tono que derivó en otro angustioso.

Había engendrado la definitiva solución al problema.

XII

En un barrio de casas bajas, con hileras de árboles que parecían fantasmas, y una pequeña y dinamitada vegetación que ocupaba los barroes sueltos entre adoquines, Saboyano había invitado a Julio Cantero, Iván Montes Carpio y a una docena de colegas, a una reunión con el objetivo de tratar al espinoso tema de manera civilizada.

A Benito Saboya le producía un vertiginoso espanto la posibilidad de un litigio.

Todos habían aceptado concurrir para corresponderse con perfección a sus rangos y avaricias.

En esa casa en las orillas del río de un importante suburbio hablaron de las formas correctas cuando los argumentos ya habían sido prefijados.

Cada profesor había llegado desde los diversos puntos de la ciudad para defender su primario interés.

Enseguida Saboyano paró en seco al desestimado Julio, ya que sus sucesivos enamoramientos estaban por derivar en la pérdida del status quo.

De acuerdo a su previsión había que eliminar literalmente las escasas distancias que éste tenía con el alumnado.

Y no lo desmerecía de acuerdo a una incontenible moralidad:

La cuestión no era Dujovsky, sino Sol Setes, sobre la que había desarrollado incomprensibles acechanzas románticas.

(Cantero estaba sentado enfrente, y movía los labios como tarareando a evasivas melodías).

Sol Setes tenía detrás un nombre y una poderosa familia que no se podía tomar a la ligera.

A pesar de ese explícito reproche, Julio Cantero se alabó como alguien de conducta caballerosa, y con tono señorial explicó que nadie podría hacer cesar las alegrías de la vida, y con la Setes ya jugaría el desempate en

otras canchas.

Sabía cómo ser romántico con elegancia... su ambición era estética y su estrategia cariñosa.

Saboyano no se mostró persuadido por la idea de Cantero, de dejar que todo continuara igual.

Julio Cantero sería detenido sin que se rescindiera la solidaria obligación que los ahí presentes tenían con él.

Lo seguían relacionando con el "modelo".

En esa reunión se decidió mandarlo a efectuar tareas de índoles solitarias dentro de las oficinas administrativas de la universidad.

En ese preciso momento y como vicerrector de la Universidad Eisenhower, Benito Saboyano declaró la disolución de la Cátedra de Julio Cantero.

Cantero emergió malhumorado de la nascente oscuridad de ese atardecer, aunque aceptó lo decretado por Benito Saboyano.

¿Pero, por qué tenía que mantener un bajo perfil, si nunca había jorobado a nadie para obtener el dramático suspiro de una muchachita?

Saboyano le volvió a explicar:

Fue su intromisión con Sol Setes lo que originó al actual desenlace.

Iván Montes Carpio gritó con ansias resolutorias desde un sucinto rincón de la casa, acerca de las graves fabricaciones jurídicas que estaría a punto de hacer Augusto Setes (el reconocido patriarca de ese clan) en contra de la Institución.

Cantero aportó una nueva mentira al decir que jamás se había entrometido con Sol, quien se trataba más bien de una distraída muñeca que no se esforzó en nada para alcanzar un adelanto académico.

Se había cansado de ejercer sobre ella una retórica blanda por lo que le prestó el buen servicio de no permitir que aprobara su materia.

Además, ella habría sido instigada por Dujovsky, "la estrecha estudiante judía" que quería hacerla caer en su misma marginación.

Por último, recalcó que, aunque él fuera exiliado a puestos administrativos siempre sostendrá a su honor por sobre todo.

Agregó que había sido difamado.

XIII

Sol Setes supo que la coherencia volvió a reinar en la Universidad Eisenhower ya que el tipo que la había molestado fue despojado de su anterior autoridad.

Ahora podía continuar sus estudios tranquilamente hasta recibirse.

Había actuado de manera conciliatoria por lo que recibió al mejor de los tratos.

Y fue renovado su sentido de pertenencia y participación en la institución universitaria.

Pronto olvidó su conexión con Isidora Dujovsky y Serena Manfredi, y como una concebible fórmula las distancias que tomó se multiplicaron cada día que pasaba.

Afortunadamente no había tenido que recurrir a la Justicia, y retomó sus vigorosos hábitos de estudiante.

(Aprobaba las materias sin dificultad y era elogiada hiperbólicamente por sus profesores).

Ante la remoción de Julio Cantero, había aceptado las disculpas del vicerrector Benito Saboyano quien le habló en el nombre de un colegiado tribunal de disciplina.

Benito Saboyano con una bien demostrada pasión se propuso a partir de ahí, llevar la Universidad Eisenhower a la excelencia académica.

Serena Manfredi se fue desmigajándose completamente en sus estudios, y en los siguientes semestres no pudo aprobar una sola materia.

Se la veía convencida por el estupor, queriendo ganar un paraíso sobre el infierno que le había creado innumerables afrentas, y en su mente se inmolaba con falsas creencias que curiosamente eran parte de verdades absolutas.

Trágicamente se suicidó el siete de agosto de mil novecientos noventa y ocho al arrojarse del octavo piso de una torre de departamentos.

Isidora Dujovsky no pudo volver a levantarse jamás:

Cuándo se presentaba a los diferentes exámenes era reprobada con

inimaginables ardidés.

A pesar de su tenacidad nunca consiguió graduarse.

Notas:

Información clave del esquema paralelo de trabajo de la Universidad Eisenhower, en el que Benito Saboyano, Iván Montes Carpio, y Julio Cantero estaban implicados:

- 1) La Organización que conformaban los tres arriba mencionados, y otra docena de profesores, se basaba en los depósitos que hacían en una Cuenta Bancaria, los padres que querían ensanchar los currículos de sus hijos con materias aprobadas, y que al final de ese proceso obtendrían sus títulos.
- 2) A los alumnos que estaban al día les entregaban las preguntas que le harían en el examen, y sus correspondientes respuestas. Estos no tenían nada que temer, porque esas maniobras habían sido aprobadas por la más alta jerarquía de la Universidad Eisenhower.
- 3) Esa gestión que lideraban el licenciado Saboyano, el doctor Montes Carpio, y Julio Cantero, les reportaba sus verdaderas fuentes de ingreso.

(Esos negocios universitarios con los que se frotaban las manos, superaban en forma astronómica al sueldo que recibían como docentes).
- 4) Promovían encuentros publicitarios con padres adinerados de alumnos que no tenían posibilidades de superar los cursos, y con aquellos que eran parte de una amplia red de "conocidos".
- 5) Los alumnos debían cumplir con algunos necesarios hitos como presentarse al setenta por ciento del cursado, y asistir a los exámenes sin hablar con los otros estudiantes acerca de sus privilegiadas situaciones.
- 6) El dinero que recaudaban no lo declaraban como propio, sino afirmaban destinarlo a la mutual universitaria que pagaba horas extras a los profesores, y hacía mejoras edilicias.
- 7) Los demás profesores que no participaban en ese esquema y querían mantener sus puestos, debían mantenerse en silencio, ignorando rotundamente que algunos insuficientes estudiantes fueron aprobados.

Fin

